



Un profesor de Historia

¶ Pareció un momento que La Cierva hacía cuestión de gabinete, como suele decirse, el que se discutiese en el Congreso lo de las recompensas, y aun antes de depurarse las responsabilidades por lo de Annual, que no se depurarán nunca. Pero, ¡quía!, La Cierva no hace cuestión de gabinete más que el seguir en él. Es la consigna que ha recibido. Después se ha dicho que concedería las recompensas por real decreto; mas si se oponen a ello los demás ministros no ciervistas, La Cierva se allanaría, a fin de poder seguir de centinela en el gabinete, vigilando a sus colegas — ya que no compañeros — de Consejo. Tal es su papel. Y los otros, a su vez, le vigilan a él.

Recuérdese que La Cierva es el único que del anterior gabinete, el del desastre de Annual, ha pasado a éste, aunque cambiando de ministerio, que es el principio de continuidad entre los dos gobiernos sucesivos. Lo que quiere decir que La Cierva, y no Maura, es el verdadero canciller, aunque por ahora aparezca subordinado. La Cierva es la garantía de que se puede volver a ciertos procedimientos; La Cierva es el símbolo de la persistencia en el despotismo, aunque éste parezca contemporizar; La Cierva es el representante de la fatalidad desenfrenada.

Y es él quien lleva el absurdo sistema actual de la campaña de Marruecos, esa campaña de ocupación militar, que obliga a cubrir el Riff con puestos militares para luego no poder retirarlos sin confesar el error del procedimiento. Es él quien preconiza el desatino del castigo a unas kabilas que no han cometido otro pecado que defender su independencia y no reconocer tratados, que se cerraron sin contar con ellas. Aunque no, no es él, sino quien le ha puesto de centinela como ministro de la Guerra; no es él, sino el de «defenderla y no enmendarla». El mismo que se obstina en que no se rescate a los cautivos de Alhucemas. En castigo de que no supieron servir al Viceimperio Ibérico.

¡Hay que oírle a La Cierva cuando defiende ciertas irresponsabilidades! Sus argumentos cancellerescos se fundan en una concepción patrimonialista del patriotismo. Es decir, patriotismo no, ¡sino patrimonialismo! ¡Y qué argumentos los del hombre que oyó el discursete de Córdoba!

Lo que más le molesta al canciller, lo que le saca de quicio, es la publicidad. No se harta de recomendar el que llame silencio patriótico. La verdad le descompona, y no sin fundamento. Y es porque

aquello que va a defender no resiste la luz de la verdad, porque sólo puede arrastrar su lánguida vida a favor de la clandestinidad, de las tinieblas y de las ficciones..., y del soborno.

Ese hombre fatídico, sin el menor vislumbre de espiritualidad; ese hombre, que es la negación de un estadista, no ha hecho sino reducir a fórmulas de rábula, de fiel de fechos, de leguleyo rústico, los brumosos conceptos medievales de la realza patrimonialista. Todos los embolismos místico-militares del honor de las armas hallan su verbo en ese hombre.

Pero, ¡qué verbo! Y es por eso por lo que cuando invoca el nombre del patriotismo, se echan a reír los diputados. Y es que tiene que servir a una idealidad de estufa, a una concepción política, formada entre las paredes de un caserón cerrado al mundo civil moderno.

Recordamos un hombre, ya difunto, que profesó esos principios, un hombre que parecía vivir en la España de los Habsburgos; un hombre que a fines del siglo XIX se empeñaba en escribir castellano del XVII — y ¡hasta en ortografía etimológica! — más que un hombre, un caso. Fué D. Fernando Brieva Salvatierra, profesor de Historia de la Universidad de Madrid, y en la Casa mayor de España. ¡Un maestro de la Regencia! Y en sus labios sí que vibraban de devoción mística esas fórmulas del honor de las armas del reino, de la lealtad, del testamento de Isabel la Católica, y hasta del Imperio Ibérico! El pobre murió loco y entristecido de ver que se le desvanecía el ensueño.

Pero en Brieva, alma candorosa de hombre sin ambiciones mundanas, todo eso era verdad sentida, mientras que en La Cierva, talante atravesado de caclique ambicioso, todo eso no es más que una postura. Al pobre Brieva le tomaban el pelo en una casa en que prestó sus servicios de maestro de Historia; pero aquel iluminado dejó allí huella de su paso. En aquella casa, a pesar de todas las apariencias, se vive en el siglo XVII. Del siglo XX no ha entrado más que la física recreativa y el cientificismo ju-liovernesco.

Miguel de UNAMUNO.

